

---

ROMANCE DE IZÚCAR.

---

Soberbia tunda á las tropas  
De don Ciriaco del Llano  
Dió el modesto padre Sánchez  
En el cerro del Calvario,  
Cuando de tomar á Izúcar  
Se jactaba más ufano,  
Y llamó del Sur su ejército  
Altisonante y finchado.  
Dos veces al insurgente  
El realista embiste bravo,  
Y don José Antonio Andrade  
Excede en furia á los diablos.  
Al aire silban las piedras,  
En tierra de sangre hay charcos,  
Y por todas partes muertos  
Ven, los ojos espantados.

UNIVERSIDAD DE TORO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1904



Frustrado el segundo empuje  
Y de rabia rebramando,  
Entrega el pueblo á las llamas  
Furioso el brigadier Llano.  
Los alaridos se escuchan  
Dè aquel pueblo infortunado,  
Pereciendo entre las llamas  
Entre inauditos quebrantos;  
Y en medio de tal pavora,  
Y las llamas y su escándalo,  
Atraviesan insurgentes  
A la patria vitoreando.  
Burlándose de la muerte  
Con su arrojo temerario,  
Al frente van dos campeones  
Valientes como preclaros,  
Y cual humo, en el incendio  
Sus siluetas dibujando . . .  
Uno Sandoval se llama,  
De renombre entre los bravos;  
Otro, *Vicente Guerrero*,  
A quien ceñirá más lauros  
La Patria reconocida  
En los venideros años.

---





EL GENERALISIMO D. JOSE M.<sup>A</sup> MORELOS.

*Copiado del mejor retrato del héroe, hecho en Oaxaca en 1812 y que hoy está en el Museo de Artillería de Madrid.*

PRIMER ROMANCE DE CUAUTLA.

Están azules los cielos,  
y el sol asoma en Oriente,  
Los altos volcanes miran  
como murallas de mar  
y sobre la luz vierte en tumbos  
los rayos resplandecientes,  
destelándose en mil reflejos  
que al amanecer se encienden,  
y se apagan, y que surgen  
y se apagan de desvanecen,  
y en las grutas de nubes  
flotan en el alto cielo  
descendiendo en vapores  
que se condensan y caen,  
en silbos, ya barquillas  
y en luminosas sierpes.





EL GENERALISIMO D. JOSE M.<sup>a</sup> MORELOS.

*Copia del mejor retrato del héroe, hecho en Oaxaca en 1812 y que hoy está en el Museo de Artillería de Madrid.*

---

PRIMER ROMANCE DE CUAUTLA.

---

Están azules los cielos,  
El sol asoma en Oriente,  
Los altos volcanes forman  
Como muralla de nieve  
Donde la luz vierte en tumbos  
Raudales resplandecientes,  
Quebrándose en mil reflejos  
Que deslumbrando se encienden,  
Que se apagan, y que surgen  
Y en sombras se desvanecen.  
Errantes grupos de nubes  
Flotan en el aire leve,  
Semejando sus figuras,  
Que se condensan ó crecen,  
Ya sílfides, ya barquillas,  
Y ya luminosas sierpes,



Como séres de otros mundos  
 Escondidos en el éter.  
 La cadena de montañas  
 Abierto círculo extiende  
 Hasta hacer inmenso cerco,  
 Ancho y macizo, que hienden  
 Hondas quiebras, altas lomas  
 Que como que inquietas hierven,  
 Y ya en picos se levantan,  
 Ya en cataratas descenden,  
 Se aplanan, se arremolinan  
 Y en montes gigantes vuelven  
 Como á rendir homenaje  
 Al gran Popocatepetle,  
 Que aislado con su Ixtacihuatl  
 Perdido en los cielos vése,  
 En su union nupcial inmóvil,  
 Y pensativo y solemne . . . .  
 En esa cuenca espaciosa  
 Que á todos rumbos se extiende,  
 Un mar forman los sembrados,  
 De tan encendidos verdes,  
 De tan tupido follaje,  
 Que cuando el viento los mueve,  
 Forma oleajes de esmeraldas  
 Que á la vista dan deleite,  
 Embriagando sus cambiantes  
 De voluptuosos vaivenes.

Negros surcos en las ondas  
 De ese mar verde aparecen,  
 Que llevan á las haciendas  
 Que blanquean muy alegres,  
 Con sus altas chimeneas  
 Como de vapor bajeles,  
 Que sobre una mar tranquila  
 No flotan, sino que duermen.  
 Y en una orilla lejana  
 Bañada en fulgor de Oriente,  
 Entre bosques de naranjos,  
 Y plátanos y mameyes,  
 Extiende su manto Cuautla  
 Con su caserío alegre,  
 Sus templos y campanarios,  
 Sus plazas y sus verjeles.  
 El Atlatlahua famoso  
 Al Norte el paso detiene  
 Para que lleguen humildes  
 Y á sus contornos se acerquen  
 Tepostlan y Tlayacapam,  
 Bellos hijos de Occidente.  
 Los volcanes la coronan,  
 Y á su espalda quietas duermen  
 Echadas mansas colinas  
 Como dóciles lebreles.  
 Mas si en ese Cuautla hermoso  
 Su antorcha la Historia enciende,



Y sus ráfagas de gloria  
 Cruzan su zenit luciente,  
 En monumentos se tornan  
 Grandes, augustos, solemnes,  
 Haciendas, calles y plazas,  
 Lomeríos y verjeles . . . .  
 Esas piedras se tiñeron  
 Con sangre cien y cien veces;  
 Esas torres sustentaron  
 A los patriotas valientes;  
 Allí Galeana . . . . allá Bravo;  
 Aquí Rul halló la muerte,  
 Sediento de beber sangre  
 De la falange insurgente.  
 Allí ganó Matamoros  
 Mil inmortales laureles,  
 Y en todas partes Morelos  
 Sublime descuella siempre,  
 Exhumando de este polvo  
 A la patria independiente.  
 ¡Oh Cuautla! ¿qué mexicano  
 Sin emoción podrá verte  
 Cuando divise tus muros,  
 Cuando tus ruinas contemple,  
 Si todo está consagrado  
 Con la sangre de los héroes?

---



---

SEGUNDO ROMANCE DE CUAUTLA.

---

Contra el sentir de Galeana  
 Y con bien pequeña escolta,  
 Marcha en su troton Morelos  
 A reconocer las tropas  
 De Calleja, que descenden  
 Como raudal, por las lomas.  
 Los vigías de las torres  
 Ven la marcha con zozobra,  
 Y los jefes, con anteojos  
 Ni un momento le abandonan,  
 Entretanto que Calleja  
 Sus avanzadas embosca,  
 Preparando al insurgente  
 La sorpresa desastrosa.  
 El vigía de San Diego  
 De pronto el campo alborota  
 Gritando: "¡al arma! ¡socorro!"  
 Porque al General destrozan.  
 Los soldados de Calleja



Han dispersado la escolta,  
 Y se ceban y encarnizan  
 En los valientes patriotas.  
 Morelos, aislado, entero,  
 Con intrepidez heróica,  
 Derriba, acomete, asuela,  
 Y difiere su derrota;  
 Pero le cercan, le envuelven . . . .  
 Y ya sus fuerzas se agotan,  
 Cuando se escucha rugiente  
 Voz, cual de herida leona,  
 Que grita: "¡viva Morelos!"  
 Furibunda é impetuosa.  
 Es Galeana con sus bravos,  
 Que los fusiles arrojan,  
 Y empuñando sus machetes  
 Aniquilan lo que tocan;  
 Es Galeana, que cual llama  
 Descuella, se extiende y flota,  
 Y dejan mares de sangre  
 Los embates de sus tropas . . . .  
 Entre despojos y muertos  
 Se unen los jefes patriotas,  
 Y Galeana sobre el pecho  
 Del gran Morelos se arroja,  
 Sin articular palabra,  
 Porque de júbilo llora.

---



---

TERCER ROMANCE DE CUAUTLA.

---

EL PRIMER ASALTO.

---

Con el sol que está en Oriente  
 Coronando los volcanes,  
 Embelleciendo los montes  
 Y dando vida á los valles,  
 Se mira á los de Calleja  
 Marchando para el combate.  
 Los cañones van al centro,  
 Van las mujeres delante,  
 Y los terribles dragones  
 En los flancos, arrogantes.  
 Los guiones y las banderas  
 Se agitaban en los aires,  
 Y se escuchaban los sonos  
 De las músicas marciales.  
 Calleja á la retaguardia  
 En su coche sobresale,



Formándole cerco de oro  
 En tropel sus edecanes,  
 Con sus sombreros montados  
 Y sus espadas brillantes.  
 Doquier resuenan los vivas,  
 Doquier anhelan procaces  
 Arrancar al enemigo  
 Los laureles inmortales.  
 En tanto, los insurgentes  
 Esperan sin inquietarse,  
 Con la confianza en los pechos  
 Y el júbilo en los semblantes.  
 Ya se avanzan las columnas,  
 Ya se oye el toque de ataque,  
 Ya estalla el nutrido fuego  
 Por la plaza y por las calles;  
 Ya, cundiendo por el viento,  
 Embriaga el olor de sangre,  
 Y humo, y llama, espanto y muerte  
 Corren en pos del desastre.  
 Las mujeres de Calleja,  
 Como furias infernales,  
 Heridas, medio desnudas,  
 Y sus cabellos flotantes,  
 Discurren enfurecidas  
 Dando alaridos salvajes.  
 Los del fuerte de San Diego  
 Resisten, sin arredrarse,

El primero y recio empuje  
 De los realistas infames.  
 Ya avanzan los españoles,  
 Ya logran precipitarse,  
 Pero Dios vino en auxilio  
 Y Galeana está delante,  
 Que sale ileso y brillando  
 De su personal combate.  
 Embiste de nuevo osada  
 De españoles la falange,  
 Pero los indios honderos  
 Con impetuoso coraje  
 Lanzan diluvio de piedras  
 Repentino y en instantes.  
 De Casa Rul llega el Conde  
 Bravo en su alazan pujante,  
 Y las balas le derriban  
 Y envuelto en su sangre cae . . . .  
 A degüello los clarines  
 Tocaban por todas partes,  
 Y son campos de batalla  
 Templos, y plazas, y calles.  
 En los huecos de las piedras  
 Formaba charcos la sangre,  
 Y sonaban las pisadas  
 Cual sobre agua al asentarse.  
 Pero al levantarse el humo,  
 Pero el humo al dispersarse,



Miraba nuestra bandera  
 Alta, y alegre, y triunfante . . . .  
 De pronto cesan los fuegos,  
 Y trazas de retirarse  
 Parece que da Calleja;  
 Mas Morelos, vigilante  
 Conoce la red, y ordena  
 No deje su puesto nadie.  
 Lleno de rabia Calleja,  
 Da la órden que contramarchen,  
 Cuando consultó á su muestra  
 Y eran las tres de la tarde . . . .  
 De Santa Inés á la hacienda  
 Voló Calleja á ocultarse,  
 Mientras desde el insurgente  
 Campo, y hendiendo los aires,  
 Volaba la alegre nueva  
 De la victoria brillante.

---



---

CUARTO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ARTILLERO.

---

Es segundo mes del año;  
 Diez y nueve soles cuenta:  
 Sobre las calles de Cuautla  
 Flotan soberbias banderas  
 Do se lee: "¡Que muera España!  
 "¡Que viva la Independencia!  
 En trueno, en llamas, en bronce,  
 Sobre el pueblo se descuelga,  
 Como aguacero de rayos,  
 La cólera de Calleja  
 Que, seguro de su triunfo,  
 Ruge cual ruge la fiera  
 Al empaparse de sangre  
 Cuando destroza su presa.  
 Sobre los aires se cruzan  
 Con el plomo las blasfemias,  
 Y con la sangre que corre



Pierde su color la tierra.  
 Escenas de horror y espanto  
 En los aires se renuevan,  
 Y en las alturas la llama  
 Con furia voraz ondea.  
 Los heridos moribundos  
 Con ayes los vientos pueblan,  
 Y aullan de rabia mujeres  
 Que las calles atraviesan  
 Conduciendo agua y socorros  
 A los que ardientes pelean.  
 Los niños abandonados,  
 Unos lloran, y otros juegan  
 Entre montones de muertos  
 Y entre despojos de guerra.  
 Al costado de San Diego,  
 De Galeana fortaleza  
 Viendo al Norte, y extendiendo  
 Al Ocaso la siniestra,  
 Se elevaba un fuerte muro  
 Con honores de trinchera,  
 En donde se empeñó tanto,  
 Tan temerario Calleja,  
 Donde las crueldades fueron  
 Tan terribles y sangrientas,  
 Que cediendo á rudo empuje  
 Quedó un momento desierta  
 En medio del fuerte choque

De tigres y de panteras.  
 Estaban los artilleros  
 Muertos junto de las piezas,  
 Los cañones silenciosos,  
 Ardiendo la cuerda-mecha.  
 El enemigo furioso  
 Descubierta un flanco observa,  
 Y alucinado de gozo,  
 Viendo la victoria cierta,  
 Con oficiales resueltos  
 Y con impávidas fuerzas  
 El asalto preparando,  
 Se dirige á la trinchera;  
 Pero detrás de aquel muro  
 Y sin que nadie lo advierta,  
 Quedaba un niño del pueblo,  
 Audaz, vivo, que se emplea  
 En ir sembrando donaires  
 Donde arde más la pelea;  
 Ojo negro, tez oscura,  
 Largo el cuello, carnes recias,  
 Risueño al par que valiente,  
 Y que á nadie se sujeta.  
 Éste mira á los realistas  
 Que decididos se acercan:  
 Ya reconocen, ya avanzan,  
 Ya preparan y ya llegan;  
 Y cuando tocan el muro,



Al asaltar con fiereza,  
 El niño al cañon aplica  
 Resuelto la cuerda-mecha,  
 Y torrente de metralla  
 La fuerza invasora asuela.  
 "¡Que viva el Cura Morelos!"  
 Grita el chico, la cabeza  
 Levantando con orgullo  
 En la triunfante trinchera.  
 Acuden los de Galeana:  
 Es victoria la sorpresa,  
 Y en los fuertes de patriotas  
 Tocan diana las trompetas.  
 "¿Quién es?—preguntó la fama,  
 "El niño de tal proeza?"  
 Y contestaba orgullosa  
 La Historia imperecedera:  
 "Ese es Narciso Mendoza,  
 "Que no abandona la escuela,  
 "Que los catorce no cumple  
 "Y entre el fuego se pasea.  
 "Con vítores le saludan  
 "Los chicuelos que le cercan,  
 "Y recordando su hazaña,  
 "Se llama la calle entera  
 "Calle del *Niño Artillero*,  
 "Como lo dicen sus letras."

---



---

QUINTO ROMANCE DE CUAUTLA.

LAS VICTIMAS DE CALLEJA.

Pueblan el aire lamentos,  
 Ensordecen los gemidos,  
 Marchan en tropel confuso  
 Los desaforados indios,  
 Y sus mujeres cargando  
 Las esteras y los niños.  
 Dejaron los infelices  
 Sus chozas de *Tetelcingo*,  
 Cuando del feroz Calleja  
 Los soldados asesinos  
 Llegaron sembrando horrores,  
 Y tornando vengativos  
 En cenizas y en escombros  
 Sus miserables asilos.  
 Con aire triunfal llegaron  
 A poner á Cuautla sitio,